

# Un poeta que le robaron los relojes...

El poeta Lisímaco Chavarria, cuando niño se ganó la vida pintando carretas; después fue escultor, maestro de escuela y relojero; y últimamente desempeñó un puesto en la Biblioteca Nacional.

Para completar el escaso sueldo de sesenta colones mensuales que ganaba como bibliotecario, tenía instalado en la capital un pequeño taller de reparación de relojes.

En el año 1911 se efectuó en Guatemala un Congreso de Periodistas Centroamericanos, al cual fue invitada la intelectualidad costarricense. En representación de nuestro país fueron elegidos don Ernesto Martín y el poeta ramonense Lisímaco Chavarria.

En uno de los periódicos guatemaltecos de esa época se lee lo siguiente:

"Fuimos a recoger al poeta a la estación de los ferrocarriles, cuando la línea del norte se detenía en los campos Gerona y el tren de Puerto Barrios llegaba a las ocho de la noche; año 1911, bajo el patriarcado cuidado de don Manuel, Costa Rica enviaba como sus representantes al poeta Chavarria y a Ernesto Martín.

Ernesto Martín en pleno vigor de su talento, nos probó que era un orador, exponente de una oratoria personal, suave, sin arrebatos, floreada con figuras que tenían alas y exhalaban perfumes. Costa Rica nos enviaba a dos de sus más puros valores.

Lisímaco Chavarria se nos pre-

sentó como un hombre sencillo, de una sencillez campesina. Así lo dijo en el estribo del vagón.

"No sé de protocolos ni de cumplidos; vengo a un país hermano a tratar con hermanos".

Cuando en un cuarto del Gran Hotel, por atención del Comité Organizador del Congreso llegó a ocupar aquella residencia, manifestó que la consideraba demasiado suntuosa para su condición personal.

"No me sentiré bien aquí, exclamó el poeta. Una cama, una silla y una mesa, son más que suficientes para mi persona y para mis aficiones literarias. Esto es demasiado..."

Era un hombre modesto por naturaleza; simple en sus costumbres y lleno de una facilidad poética asombrosa. Compañía sus poemas con una facilidad que provocaba admiración. No discutía, no contradecía, no debatía. No hacía más que dirigir sus miradas a la Naturaleza, y a su interior.

Incapaz de abusar del alcohol, de la mesa, de amores fáciles... Era un sujeto puro, de una pureza atrayente

A pocos días de estar entre nosotros, no obstante el trajín que hacía suponer los trabajos del Congreso y las fiestas de Minerva, empezó a manifestar su nostalgia, su deseo de volver a los libros.

"Esta tierra de ustedes es muy bella —nos decía—; aquí todos los hombres son fraternales y el conjunto de mujeres, pájaros y flores un encanto; pero siento

la necesidad de volver a mi tierra al lado de mis relojes, que desde mi ausencia están para dós".

"En uno de estos días que estaban en las fiestas de Minerva, recibió un mensaje en que se le comunicaba que los ladrones habían forzado las puertas de su taller y le robaron los relojes".

Por demás está decir que el poeta se puso muy triste y abatido con esta noticia y preparó el regreso a Costa Rica. Poco tiempo después de su llegada, enfermó gravemente para morir en su pueblo natal a la edad de treinta y seis años, el veintisiete de agosto del año mil novecientos trece.

Eliseo Gamboa

San Ramón, agosto de 1967